

Mi nombre es José Francisco Serpas Díaz. En el año 2013, comencé a estudiar el idioma japonés en un curso libre de la Universidad de El Salvador. En el año 2016, luego de 3 años de estudio del idioma japonés, decidí participar por primera vez en un concurso de oratoria. El tema de mi discurso fue sencillo: mi sueño de visitar Japón. Para aquel entonces sólo se trataba de un sueño, pero era uno que me esforcé siempre por cumplir. Felizmente, fui el ganador del concurso y gracias a ello pude asistir a un evento en Ciudad de México, organizado por la Fundación Japón. Logré conocer las instalaciones de dicha institución en México, y conocí por primera vez los labores que realizan para dar a conocer la cultura y el idioma japonés en el resto del mundo.

Luego de haberme convertido en profesor del idioma japonés el año siguiente al concurso, descubrí que la Fundación Japón ofrecía diversos programas de entrenamiento para profesores en su centro del idioma japonés en la ciudad de Saitama. No tardé en comenzar a aplicar al programa de entrenamiento en didáctica del japonés. Luego de varios años de intentarlo, fui aceptado para participar en el verano del año 2023.

Mi objetivo para participar en el programa de entrenamiento era principalmente mejorar mis habilidades como profesor de japonés. Era la oportunidad perfecta para obtener conocimiento y pulir habilidades que me permitirían no sólo mejorar como docente, sino también compartir con el resto de los profesores de El Salvador. Sin duda alguna fui capaz de lograr ese objetivo gracias a los profesores a cargo del programa. El ambiente que se vivía en el centro de lenguaje japonés de la Fundación Japón alentaba a reflexionar sobre las prácticas docentes para poder mejorar.

Un punto muy importante que hizo ese ambiente posible fue la presencia de 32 compañeros de entrenamiento de 20 países diferentes. Unidos por el objetivo común de mejorar como profesores de japonés, logramos unir fuerzas y ayudarnos los unos a los otros para lograr cada uno de nuestros objetivos. Conocer sobre el punto de vista de profesores de japonés de todo el mundo fue sin duda una experiencia única, de la cual nacieron vínculos profesionales valiosísimos, así como amistades en la distancia.



El programa tenía una duración de 6 semanas, tiempo corto, pero suficiente para poder compartir muchas experiencias con el resto de los compañeros. No sólo dentro del aula de clase, sino también fuera de ella. Ya sea pasando una tarde compartiendo experiencias o ideas, o aventurándonos a salir y conocer diversos lugares de Japón. Para mí, que era mi primera vez visitando el país, la ayuda que recibí de los compañeros que tenían ya la experiencia de haber viajado a Japón en el pasado fue de mucha ayuda. Junto a ellos, logré un segundo objetivo que, si bien no se trataba directamente del estudio de la pedagogía, tenía mucha importancia para un profesor de japonés. Este era conocer de primera mano la cultura del país del cual había estado estudiando por casi diez años.

El primer paso fue conocer la ciudad de Tokio y sus alrededores. La primera gran impresión que recibí de Japón fue la perfectamente integrada combinación de los grandes edificios y calles concurridas de la ciudad, como los famosos barrios de Shibuya y Shinjuku, y la modesta naturaleza de los parques y zonas verdes que muchas veces escondían ancestrales templos. Me pareció impresionante cómo un país con tantos años de historia aún era capaz de retener tesoros culturales y naturales sin tener que sacrificarlos por el bien del progreso y los avances tecnológicos.



En mi primer fin de semana, comencé mi día caminando por las concurridas calles del distrito comercial de Akihabara, punto central de grandes avances en electrónica y tecnología japonesa, para luego pasar al Santuario Meiji en Shibuya, donde la paz se respiraba igual que el aire puro proporcionado por los árboles del parque. Ese mismo día logré visitar la Torre de Tokio, desde la cual se puede apreciar la belleza del paisaje nocturno de la ciudad. De regreso al centro, me encontré con “Bon odori”, donde personas con ropas tradicionales bailaban al son de tambores japoneses canciones quizás tan antiguas como el templo alrededor del cual se congregaban. Esa mezcla de tradición e innovación no sólo se sentía en la estructura de las ciudades, sino también en el corazón de sus habitantes.

Como parte de la participación en el programa de entrenamiento, también se me permitió la oportunidad de tener experiencias únicas de interacción con la cultura japonesa. La primera de ellas fue asistir a una presentación musical del instrumento tradicional *tsugaru shamisen*. Aprendimos un poco de la historia e importancia cultural de tan bello instrumento. Durante una excursión a Tokio, pude ayudar a crear mi propio “furin”, una campanilla de viento que es representativa del verano en Japón. Cerramos la excursión caminando por la famosa estación de Shibamata, y bebiendo el matcha tradicional en una casa de té.

Traté de conocer diferentes lugares del Japón fuera de Tokio en el poco tiempo que tenía disponible. Así fue como decidí visitar la ciudad de Osaka en la región de Kansai, donde residían personas japonesas con las que había hecho amistad mientras estaban en El Salvador. Gracias a ellos pude visitar muchos lugares, como el imponente “Daibutsuden”, el primer templo budista en Japón. La abundante naturaleza del lugar era hogar de los famosos ciervos de Nara, los cuales mencioné en mi discurso años antes. Fue una gran alegría para mí ver las palabras que escribí en ese esperanzado discurso hacerse realidad. Terminé mi visita a Osaka con un largo paseo a orillas del río Kamo.



Otro lugar al que hice una obligada visita fue al lago Kawaguchi en la prefectura de Yamanashi. El objetivo de la visita era tener una vista cercana del Monte Fuji. Lastimosamente, el clima no fue el propicio para hacerlo, sin embargo, no fue un viaje sin provecho. Logré visitar un pequeño café, donde al hacer mi orden la amable cajera me preguntó de dónde era. Cuando mencioné que venía de El Salvador, no tardó en presentarme a la cocinera del establecimiento, una salvadoreña que lleva años preparando el platillo más representativo de El Salvador: La pupusa. Poder degustar un platillo salvadoreño desde Japón fue una sorpresa bienvenida, sobre todo tan cerca del final de mi viaje.

El hecho de que no haya podido tener una buena vista del Monte Fuji, sólo me da una razón más para regresar a tan hermoso país, donde hice innumerables recuerdos y valiosas amistades. Agradezco haber tenido la oportunidad de tener un pequeño vistazo de Japón y su gente. Una cultura tan rica y con una historia tan larga no puede llegar a comprenderse con una corta estadía, mas fue suficiente para reavivar mi interés en esta. Espero con ansias la próxima vez que pueda visitar Japón y llegar a conocer muchísimo más de este país que tiene tantas cosas por descubrir.